





GRANDES VIAJES, 4

A BORDO DEL *JANET NICHOL*  
TRAVESÍA POR LOS MARES DEL SUR

© De la traducción: José Jesús Fornieles Alférez

© Confluencias, 2022  
[www.editorialconfluencias.com](http://www.editorialconfluencias.com)

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián  
Revisión editorial: María del Mar Domínguez Álvarez

Impreso en España

ISBN: 978-84-122377-9-5  
Depósito Legal: AL 837-2022

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y prestamos públicos.

FANNY  
STEVENSON

---

A bordo del  
*JANET*  
*NICHOL*

Travesía por los Mares del Sur

---

Traducción de  
José Jesús Fornieles Alférez







Stevenson y su esposa Fanny en el puente del *Janet Nichol*





## P R E F A C I O

**E**n un diario siempre es necesario hacer ciertas elisiones, pues no se escribe con el objetivo de ser publicado cuando se redacta. Por muchas razones, *A bordo del Janet Nichol* se ha acortado considerablemente. En su origen, solo intentaba ser una recopilación de las circunstancias ocurridas, con el objetivo de ayudar a mi marido cuando su memoria le fallase en su propio diario. Así, algunos de los acontecimientos recogidos en mi diario eran reescritos (para su gran mejora), ampliados, modificados y usados en sus narraciones. He borrado estas partes en la medida de lo posible, aunque no siempre por completo. También he omitido todo lo referente a la vida privada de otras personas y, naturalmente, a la nuestra propia. Me temo que las alusiones a «la caja diabólica» pueden parecer confusas, pero mi marido ya había escrito una descripción completa de su compra en su propio diario, por lo que solo me pareció necesario añadir algunas referencias. En cambio, en la minuciosa descripción, casi un catálogo, de los artículos de los diferentes edificios de la isla de Suwarrow, debe parecer que he pasado al extremo opuesto. Por entonces mi marido tuvo la idea de escribir una novela sobre una isla de los Mares del Sur en la que deseaba utilizar las descripciones de estos trágicos y lamentables pecios y desechos pertenecientes a barcos y personas naufragadas.

Aun a riesgo de aburrirlos he mantenido toda esta parte, esperando que alguien pueda ver las cosas intangibles como yo las contemplé.

Una de las razones que me hicieron vacilar un tanto sobre la publicación de este diario es la extraordinaria cantidad de libros que se están escribiendo con el propósito de dar cuenta de nuestras vidas a bordo o en cualquier otro lugar, por personas a las que apenas hemos conocido o incluso por otras con las que nunca nos hemos encontrado. He leído, entre otras inexactitudes, que el escritor y mi hija hicieron la bandera de Tembinoka, en la bahía de Apenama. Yo misma diseñé la bandera a bordo de la goleta *Equator*, y fue fabricada de una manera prosaica por una empresa en Sídney. Nadie, fuera de nuestro núcleo familiar, navegó con nosotros en ninguno de los viajes. Todos los libros que anuncian «con Stevenson» aquí y allá están hechos de «la misma sustancia que los sueños» y casi todos los detalles son falsos. A pesar de lo que se cree, mi marido fue una persona con pocos amigos íntimos y, aun con estos, era reticente en cierta medida.

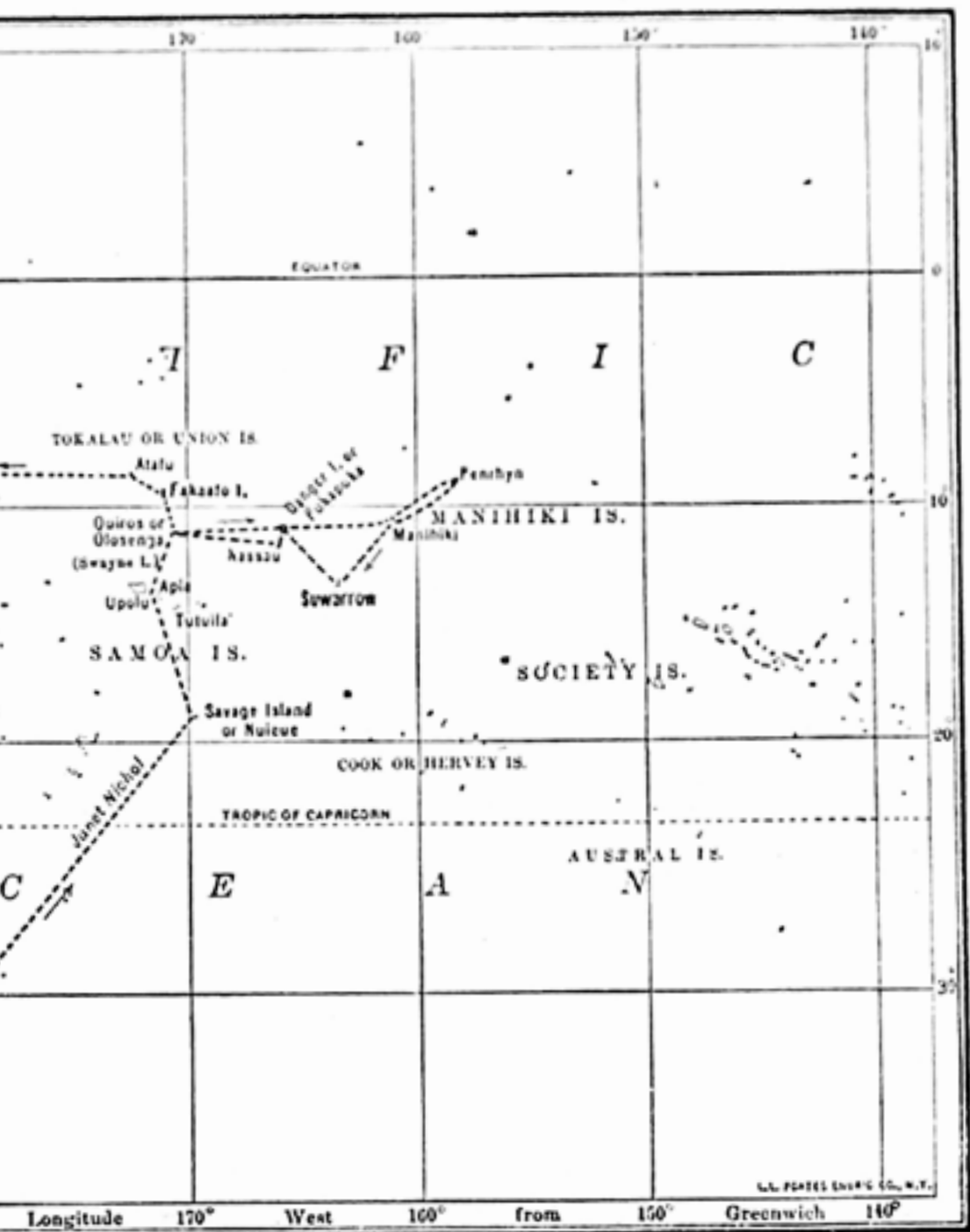
Escribí este diario bajo condiciones muy adversas: unas veces, sobre la superficie húmeda de una canoa volcada o un ballenero; otras trabajaba acostada boca abajo sobre las arenas ardientes de una playa tropical o en cobertizos llenos de copra, bajo un pandemónium de ruido y confusión. Pero, sobre todo, escribí a bordo del inestable *Janet* (cuyo sobrenombre era la *Saltarina Jenny*), y con la compañía de Tin Jack, con quien mantenía una conversación incesante e inconsecuente, pero nunca en un entorno confortable. Tales esfuerzos desproporcionados dotaron a mi diario de un valor ficticio a los ojos de mi marido, que deseaba salvarlo del olvido con su publicación. Este pequeño libro podrá resultar tedioso a los demás, pero puede presumir de tener al menos un lector entusiasta, pues con este registro he recordado con emoción el que quizás fue el periodo más feliz de mi vida.

Fanny V. de G. Stevenson

A bordo del  
*JANET*  
*NICHOL*

Travesía por los Mares del Sur





Mapa que ilustra el crucero del *Janet Nichol*. 11 de abril-25 de julio de 1890



## EL CRUCERO DEL *JANET NICHOL*

**E**l *Janet Nichol* era un buque de carga con una hélice de hierro, grandes velas y aparejo de goleta, de unas seiscientas toneladas de peso bruto. Su gran salón y sus espaciosos camarotes estaban situados en la parte media del barco, en la cubierta principal, con ojos de buey situados delante y una amplia «habitación de negocios» a popa. Contaba con un confortable cuarto de baño y con espacio suficiente para hacer ejercicio. Pero, además, podíamos pasear, dormir o sentarnos donde quisiéramos. He dormido en el cuarto de derrota y sobre la plataforma del puente de mando del capitán, aunque nuestro lugar preferido, sobre todo durante la noche, era el espacio que quedaba detrás de la escotilla principal, cubierto con un amplio toldo. Aquí nos mecíamos en algunas de las hamacas que se encontraban, mientras otros se tumbaban sobre alfombras y los más delicados se arremolinaban entre sábanas y almohadas que llevaban de acá para allá cada noche y cada mañana. A mí me solían poner cuatro mantas formando un cuadrado. No estaban muy bien cosidas, por lo que no servían para evitar que pasaran el aire que normalmente corría

por la escotilla ni los quejidos de un amigo que dormía cerca y que tenía pesadillas.

Junto a mi marido y mi hijo Lloyd, solían sentarse a nuestra mesa Mr. Henderson, un miembro de la compañía propietaria del buque; el capitán Henry; el sobrecargo Mr. Hird; el ingeniero Mr. Stoddard y Mr. Buckland, conocido como Tin Jack (Tin, siendo el equivalente a Mr.), un comerciante de la compañía que volvía a su puesto. El *Janet* contaba con una tripulación de nueve hombres blancos y unos cuarenta chicos negros procedentes de diferentes islas de las Salomon y Nuevas Hébridas.

Dejamos Sídney el 11 de abril con viento de proa y el mar agitado hasta que llegamos a Auckland. Tardamos siete días de un puerto a otro.

*18 DE ABRIL DE 1890.*— En Auckland, a la hora de la cena. Fuimos a la costa y comimos en un hotel con el sobrecargo y con Tin Jack. Louis y yo dormimos en el hotel. Quedamos en reunirnos con Tin Jack y Lloyd para la mañana siguiente con una lista de la compra. Nada más llegar a Auckland, un gato saltó por un ojo de buey y se ha quedado a bordo.

*19.*— Compré una chaqueta de velarte para Maka y un hermoso vestido de seda negro para Mary. Mientras el *Janet* iba rumbo a «los Mares del Sur», sin un destino concreto, pensamos que si volvíamos por Butaritari sería mejor llevar regalos.

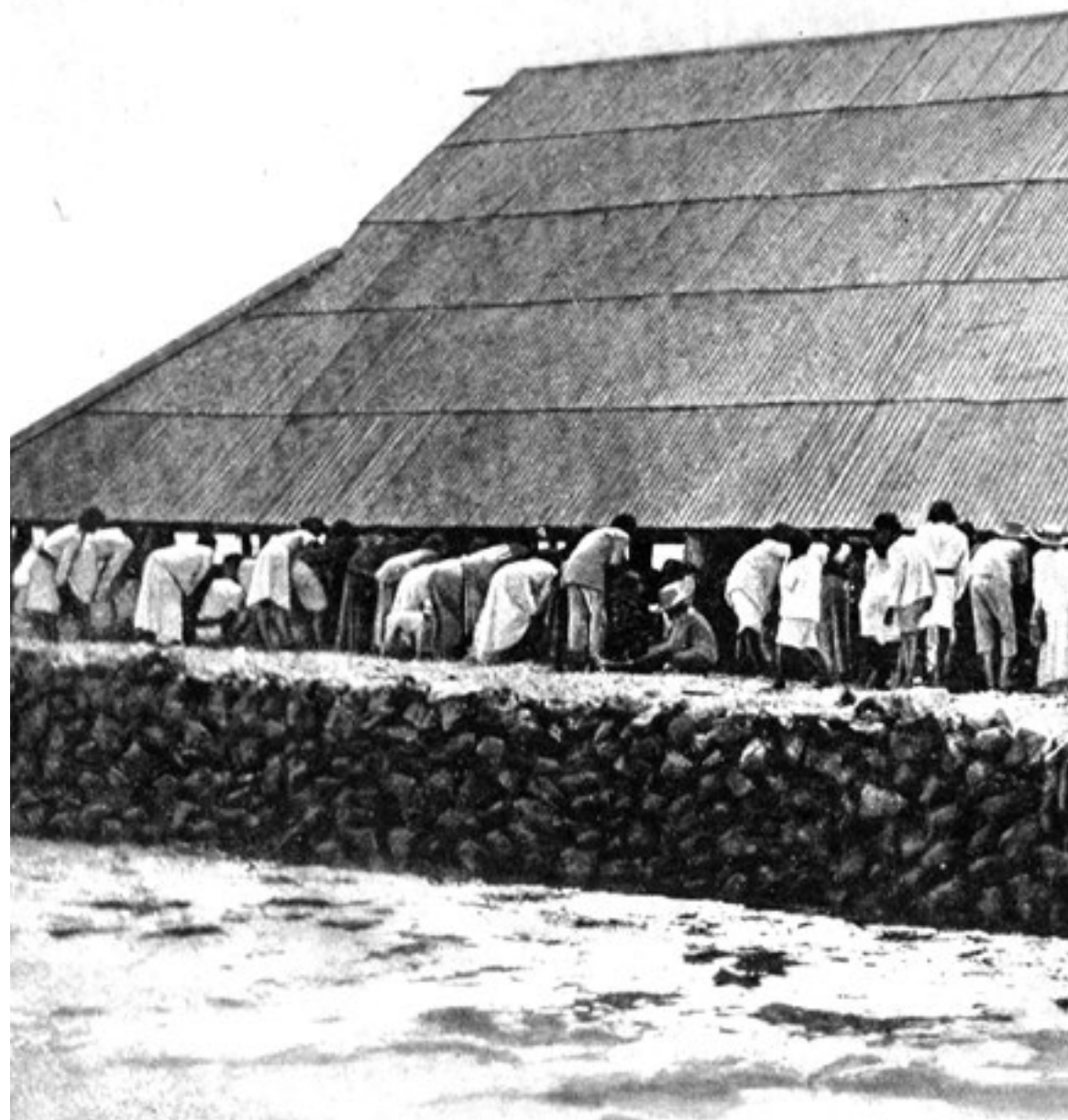
(Nos habíamos encontrado con el misionero hawaiano Maka y su mujer Mary en nuestro segundo viaje a los Mares del Sur, en Butaritari,



una de las islas bajas del grupo de las Kingsmill. Aquellos días Maka y su mujer no estaban en la isla, así que, por consejo de un comerciante residente en la isla, tomamos posesión de su pequeña y confortable casa de madera. Y aquí nos acomodamos mientras esperábamos con paciencia a nuestros improvisados anfitriones. Como nos habíamos identificado como parte del grupo de misioneros y nos habíamos echado encima tales obligaciones para con ellos, nos vimos obligados a privarnos de ciertas diversiones y amistades, que en otras circunstancias habrían sido interesantes para nosotros, pero con no pocos inconvenientes ahora para Maka.

Sin embargo, cuando se celebró el gran festival y vinieron los isleños vecinos de Little Makin –llamada por los comerciantes Little Muggin [Pequeño Atraco]– para acudir al reto de los bailes propuesto por los butaritaris, y que los deportistas llamaban «el campeonato», Maka se retiró a un prudente segundo plano. Esto nos dio la oportunidad de relacionarnos con el rey de Little Makin y asistir a los bailes paganos. Pero Maka y Mary siguieron siendo nuestros amigos más cercanos, a pesar de nuestra momentánea deserción para conocer al rey de Makin.

Cuando dejamos Butaritari, no encontramos nada adecuado en la isla para ofrecerles como regalo de despedida y agradecerles la abrumadora atención que habíamos recibido de su parte, de ahí que les compráramos un vestido de seda y una levita de clérigo para él. Otros dos amigos a los que llevábamos presentes que, por desgracia, dejamos atrás, se trataba de una pareja convertida al cristianismo: Nan Tok y su mujer. Al ser nativos de Butaritari, eran diferentes a Maka y Mary. Según el punto de vista de Maka, eran bastante incivilizados. En su día a día, la señora [en los Mares del Sur solo había *señoras*, mujer era





Competición de bailes entre bailarines de Butaritari y aquellos de Little Makin

una palabra *tapu* en todas las sociedades y clases sociales], rica, usaba solamente el *ridi*, mientras que para vestir de gala aparecía con una camisola blanca recién comprada en los bazares de los comerciantes, con las marcas de haber sido doblada aún visibles.

Mi primer encuentro con Nan Tok y su mujer fue cuanto menos alarmante. El rey había levantado la prohibición *–tapu–* de beber y, en consecuencia, la isla entera, incluyendo a su majestad, había caído en una completa borrachera con «sour toddy» [savia fermentada procedente de las tallas florales del cocotero], que es una de las bebidas alcohólicas más peligrosas del mundo, ya que provoca en quien la consume un frenético deseo de derramar sangre. Durante este periodo, me encontré por accidente con dos mujeres luchando como fieras salvajes, hundiendo sus dientes en la cara de la otra y sangrando. «¿Qué ocurre?», grité. «Sour toddy», me contestó una de ellas, lanzando una ansiosa mirada sobre mi hombro.

En estas circunstancias no era seguro alejarse de nuestro pequeño alojamiento, pero una tarde tranquila decidí salir y me acerqué a la zona de barlovento de la isla para recoger conchas. Allí se me unió una extraña pareja. Su aspecto no era muy tranquilizador, pues iban desaliñados, prácticamente desnudos, tapados únicamente con un pequeño trozo de tela de saco vieja y sucia. Sus rostros demacrados mostraban inquietud. Al principio, caminaron a mi lado mientras yo seguía recogiendo conchas, pero pronto se cansaron y me agarraron, llevándome tierra adentro, y alejándome de la playa. Cogida por los brazos, uno al lado del otro me condujeron por un estrecho sendero rodeado de un denso bosque de cocoteros de los que la isla está repleta. Mientras avanzábamos pese a mi renuencia, la señora, con la

intención de ser amable y preocupándose por mi bienestar, sacó una pipa de arcilla con un enorme agujero, la llenó con un tabaco fuerte y áspero, la encendió, le dio una calada y la colocó en mi boca. Como no sabía si sus intenciones eran hostiles y mi mente se encontraba en estado de alarma, decidí aceptar con valentía la situación. Fue una experiencia solemne. Emergimos de las palmeras para llegar a la ciudad y encontrarnos con una alborotada multitud que incluía a un numeroso grupo de borrachos que gritaban y peleaban. Resultó un gran alivio descubrir que estaba en frente de mi puerta. Los dos nativos me siguieron sujetando hasta que llegamos a salvo a la veranda. Entonces, el hombre, para mi sorpresa, se arrodilló y realizó una ferviente oración.

Así comenzó mi amistad con Nan Tok y su mujer [mi marido siempre los llamaba «barón y baronesa»]. Más tarde nos contaron que me habían vigilado con preocupación al verme andar sola por los cocoteros. Después de una acalorada discusión en cuanto a los medios adecuados, concluyeron que lo mejor era obligarme a volver. El incidente de la pipa fue un intento de reconciliación, después de una mirada furiosa que les lancé y que los desconcertó. El rezo era un agradecimiento al final feliz de nuestra aventura y una petición de que fuera el comienzo de una nueva amistad que nos bendeciría a todos).

Volví al hotel antes que Tin Jack y Lloyd, que se había parado a comprar fuegos artificiales para entretener a los criados nativos. Además de la pirotecnia, que incluía diez libras en «fuego de calcio», Tin Jack compró cartuchos, maquillaje teatral, una nariz falsa y una peluca. Lloyd tenía dudas sobre el fuego de calcio y le preguntó más detalles al hombre de la farmacia, queriendo saber si este era inflamable, ya que,





Maka y Mary Maka, Kanoa y Mrs. Maria Kanoa, misioneros hawaianos del comité americano de misiones, Honolulu, en Butaritari, una de las islas Gilbert

como le explicó, lo quería llevar en un barco. Este le aseguró que era «totalmente seguro», tan seguro como «un paquete de azúcar», añadiendo que el fuego de una cerilla no sería suficiente para inflamarlo. «¿Lo quiere con humo o sin humo?», le preguntó, volviéndose para hacer el paquete. El ahorrativo vendedor pensó en obtener todo el dinero que pudiera y se lo entregó con humo.

*A BORDO, POR LA TARDE.*— Algunos problemas con los sindicatos, pero nada serio. Mr. Wood, un librero que había reconocido a Louis por un retrato publicado, llamó por la tarde. Se ofreció amablemente a conseguirnos munición de pistola. Después de un rato de conversación, se marchó corriendo a buscarla. Al rato, justo cuando estábamos a punto de partir, regresó con unos doscientos cartuchos. Enviaron los fuegos artificiales a bordo con los otros paquetes, sin ninguna distinción ni marca. Lloyd los puso todos juntos en su litera, incluidos los cartuchos, hasta que Tin Jack, con quien compartía camarote, bajó y los ordenó. Entre ellos debía de estar una pistola que Tin Jack había arreglado, perteneciente a Louis.

20.— Dejamos Auckland a última hora de la tarde, hacia las ocho. Las brillantes luces de la ciudad nos siguieron un largo trecho. Un perrillo, casi adulto, se había unido a la tripulación y pasajeros del barco.

Entre las diez y las once Louis estuvo acostado en su camarote, muy cansado y alegre de poder descansar. Tin Jack y Lloyd estaban en el camarote de Mr. Henderson tomando café y discutiendo «los estruendos de la tierra». Yo me encontraba sentada en la mesa del salón, comiendo pan integral y mantequilla. De repente, del camarote



de Tin Jack y Lloyd llegó un golpe de humo, seguido casi de inmediato de fulgurantes llamas y el más horrible olor químico. El fuego de calcio, que era tan seguro como un paquete de azúcar, se había encendido y había prendido el resto de las estructuras de madera. Solamente Lloyd y yo sabíamos que los cartuchos estaban por allí, pero no dijimos nada, aunque en todo momento temimos oír el silbido de las balas. Corrí a nuestro camarote y cogí una pesada manta roja. Al mismo tiempo, Mr. Henderson había traído una hermosa alfombra de lana de su camarote. Temía quemarme si ponía mi manta sobre el sofocante vapor que impedía ver nada más que unas llamas de vivos colores refulgiendo. Por suerte, fueron las manos del capitán las que agarraron mi manta. Desembarazada de la manta, corrí a sacar mi cabeza por un ojo de buey para respirar un poco. Aunque las ventanillas abiertas avivaban las llamas, no podíamos cerrarlas o, de lo contrario, nos hubiéramos asfixiado con el humo. Mr. Henderson, que había permanecido quieto algunos minutos al pie de la escalera, me cogió de la mano y me arrastró desde el salón hasta la escalerilla que sube a la cubierta.

Louis, que no sabía que había fuegos artificiales a bordo, se quedó atónito ante los sorprendentes colores cambiantes de las llamas y permaneció durante algún tiempo mirando la sorprendente escena e inhalando los vapores venenosos. «¿Por qué las llamas en el mar parecen como una pantomima de Navidad?», preguntó. Su sorpresa era tan grande que apenas era consciente del humo.

El capitán, desde el puente, había visto subir los pesados vapores. Con sorpresa y enfado pensó que el ingeniero estaba dejando salir el humo. Posiblemente, el material debió haber estado ardiendo durante





El matrimonio Stevenson en compañía de Nan Tok y Natakanti, en Butaritari

un tiempo considerable antes de que estallara en llamas. La corriente de aire llevó el humo hacia el ojo de buey abierto, en lugar de hacia el salón, por lo que la primera noticia de que algo andaba mal fue el estallido de los cohetes. Mientras el capitán estaba mirando la supuesta columna de humo, de repente se disparó de ella, elevándose en el aire, un rayo de fuego de color azul, verde y rojo. El capitán ordenó que se pusiera en funcionamiento el motor auxiliar para bombear agua y que conectasen una manguera. Bajó corriendo y llegó con una manta, una alfombra y una manguera. Consiguió sofocar las llamas justo a tiempo para salvar el barco. Después dijo que si el viento hubiera soplado desde un cuarto distinto o si los cartuchos hubieran explotado, nada hubiera podido salvar ni al barco ni a nosotros.

No cundió el pánico entre los chicos negros, que trabajaron con rapidez y obediencia. De hecho, tengo la sensación de que gozaron de la emoción del momento. Hablando sobre el asunto, el capitán expresó la suerte que tenía de contar con un hombre al timón en el que podía confiar. Lloyd y yo no dijimos nada, pero sabíamos que no había habido nadie en el timón. Su hombre de confianza había bajado corriendo junto a los demás. Era un momento bastante peligroso para dejar el barco a la deriva, pues cuando ocurrieron los acontecimientos ya no estábamos cerca del puerto, sino al otro lado del faro. Un vapor pasó muy cerca cuando la escena estaba en todo su esplendor. Las llamas de colores y un denso humo blanco salían de los ojos de buey, debiendo dar al barco un aspecto alarmante y peligroso. Lloyd echó un vistazo al otro lado del barco y vio algunas de estas ventanas vomitando humo, como si el buque fuera una fábrica.